

## Mientras ellos cuidaban sus propiedades

El 27 de Febrero de 2010, el terremoto que sacudió al sur de Chile echó al suelo casas, carreteras, muebles, autos... y también en los casos más leves nos provocó a quienes vivimos acá miedo y desazón. A alrededor de 800 personas las mató; a varios cientos de miles, si no millones, les quitó lo que tenían para vivir... y a todos y todas nos obligó a replantear nuestras urgencias y prioridades.

Hillary Clinton regaló teléfonos satelitales porque la policía y los militares no tenían como comunicarse. El flamante presidente Piñera rebuscó la calderilla que llevaba en los bolsillos y puso medio millón de dólares. Evo Morales, mucho más pobre pero mucho más digno, entregó la mitad de su sueldo. Unos grandes almacenes dijeron que bueno, que ellos darían una manta por cada otra manta que les compráramos. Los Luksic, la familia de empresarios más rica de Chile entregaron 6 millones de dólares de los doce mil millones que acaparan... Algunas empresas condicionaron la entrega de bienes a los damnificados en la medida que hubiera cobertura de televisión, si no, no. A estas prácticas las llaman "solidaridad".

Tres días después del terremoto, el gobierno envió por fin al ejército a las zonas más devastadas, donde la gente llevaba todo ese tiempo sin casa, sin agua ni comida, sin comunicaciones... Tardaron, pero al menos llegaron... ¡A custodiar con las armas las propiedades de los grandes supermercados y almacenes! Al mismo tiempo, los dueños de los almacenes se reunían con el gobierno... ¡¡¡para venderle por adelantado la comida que las víctimas del terremoto necesitaban!!

Pasó como lo cuenta el evangelio de Lucas, (Lc. 21, 1-4): mientras unos se llenaban la boca hablando de su generosidad al dar las migajas sobrantes, la viuda pobre encarnada en los voluntarios y voluntarias, en los vecinos que comparten lo poco y nada que salvaron del sismo, en la gente organizada en ollas comunes, en grupos de reconstrucción... en mil formas, seguía compartiendo lo que tenía para vivir.

Mientras ellos cuidaban sus propiedades, la gente común se desvivía por ayudar a sus vecinos. Mientras ellos siguen custodiando sus ganancias, la gente de siempre, la de todos los días, sigue siendo solidaria sin esperar a la Televisión y a los micrófonos. Mientras ellos organizan espectáculos brillantes para mostrar cómo reparten algunas migajas, los y las jóvenes estudiantes siguen recorriendo las calles y visitando las casas para llevar alegría, aliento y comida, los y las inmigrantes a quienes también golpeó el desastre se acompañan, se alientan y buscan. Mientras ellos (al menos algunos) se frotan las manos a escondidas previendo los buenos negocios que traerá la reconstrucción, nosotros, la gente común, la gente de siempre seguimos intentando compartir para no enredarnos en la trampa de competir.

El terremoto ha puesto a la luz las bajezas y mezquindades de un sistema construido para el lucro, pero mucho más a hecho florecer el heroísmo cotidiano de la solidaridad y el bien común que tan mala prensa tienen: el heroísmo de pensar en los demás antes que en uno mismo; la valentía de acoger a quienes también sufren; la osadía del abrazo a los desconocidos para hacerlos compañeros en la esperanza; la audacia de acercarse a los lejanos y hacerlos prójimos para conllevar juntos el esfuerzo de levantarnos.

El terremoto mostró algunos villanos, pero sobre todo hizo emerger la multitud de héroes y heroínas que no necesitan ser reconocidos para expresar incansablemente la solidaridad de verdad, esa que no requiere focos ni aplausos para desbordarse en la ternura por los otros; esa que no pretende galardones por volcarse cotidianamente en compartir la vida.

*Rafa Perdomo  
Santiago de Chile, marzo 2010*

